

LA ESTRATEGIA NACIONALISTA DE LA TENSIÓN

FÉLIX OVEJERO LUCAS

Salvo para los que no quieren enterarse, las cosas están bastante claras. Basta con escuchar al actual presidente de la Generalitat, por ejemplo, en su discurso de investidura: la sentencia del Estatut confirma que el pacto Constitucional entre España y Cataluña no da más de sí y hay que ir a un pacto fiscal, como primer paso hacia la aplicación del derecho a decidir¹. El mensaje se ha repetido las suficientes veces como para que ya no quepa ponerse del perfil. El nacionalismo va en serio. A cuenta de acatar una sentencia judicial, Oriol Pujol, que no es un niño, sino el secretario General de un partido, habla de *casus belli*², que significa exactamente lo que significa. Y en el Congreso, en la votación de la reforma de la Constitución –discutible en más de un sentido, pero no por su falta de apoyo parlamentario, una mayoría más que cualificada (90% de escaños)--, Duran i Lleida, portavoz de CiU, se refirió a un “choque de trenes”. No era un berrinche: el febrero pasado usó la misma expresión en su *blog* y otro tanto había hecho este agosto Jordi Pujol con un aviso un tanto esquinado: “llegado el choque trenes con España, nadie debería huir”⁴. El actual presidente de la Generalitat daba la “solución” en esos meses: “si

España no se mueve, habrá ruptura”⁵. Vamos, que se aparten.

La apuesta cada vez sube más, aunque la estrategia retórica es la misma; *el dilema nacionalista*: puesto que no nos dan lo que pedimos, no nos queda más que ir más allá. Unos dirán que por vocación y otros que porque no hay más remedio, que no se sienten queridos o cosas así. Solo los primeros son sinceros. Al cabo, hoy estamos a años luz del primer día que el dilema nacionalista se dibujó, cuando Pujol se daba por contento con el Estatut republicano. Las reclamaciones sucesivas se han satisfecho más de lo que imaginaron quienes las plantearon, y da lo mismo: el dilema se repite, cada vez con la voz más alta y los tonos más dramáticos. La última: la ruptura de un supuesto pacto constitucional y el choque de trenes.

Se ha recalado en una suerte de “independentismo por resignación” que, aunque conceptualmente es de risa –como si uno abrazara las convicciones “porque no le queda otro remedio”–, en realidad no es más que la salida del armario del independentismo encubierto de tantos años. El Jordi Pujol que hoy defiende fuerte y claro la independencia, “porque España le ha hecho así”⁶, no es distinto de aquel que en 1984 *Abc* proclamó español del año. Hoy debería estar más satisfecho que entonces; pero no. Su techo de entonces es el suelo que ahora le ofende y

desprecia. Sencillamente ahora puede decir en voz alta lo que en otro tiempo callaba para no espantar a unos electores “moderados”, que lo eran casi todos, satisfechos con su mensaje de *fer país*, un mensaje que no es seguro que entendieran, como él, como “construcción nacional”. Ahora, cuando ha dedicado su vida política a hacer país en el sentido que él quería y cree que ya dispone de suficientes paisanos de ese otro país, lógicamente reclama su independencia. Aunque nos siga contando que “la culpa es de España”, que es independentista por decantación⁷.

La novedad es que el dilema nacionalista ha ganado en claridad. Nos hemos olvidado del Estatut y el reconocimiento de la identidad y ahora uno de los cuernos del dilema se precisa hasta en cifras contables. Porque el nacionalismo ha desplazado el eje de su discurso. En su versión actual la alternativa se dibuja entre la independencia y el pacto fiscal, un pacto fiscal, por cierto, que –como en el chiste de *Hermano Lobo*⁸– también se entiende como camino para la independencia⁹. A esa presentación pública del proyecto independentista se refieren algunos como “normalización del independentismo”, casi siempre pa-

⁷ Mas lo ha formulado tal cual. Según el, cada vez son los que quieren la emancipación nacional “no por convicción sino por decantación, porque ven cómo van las cosas y creen que la única salida es la transición nacional” (*El Mundo*, 31/07/2011).

⁸ Un político se dirige a un grupo de ciudadanos: “¡O nosotros o el caos!”. Los ciudadanos replican: “¡El caos, el caos!”. Y el político responde: “Es igual, también somos nosotros”.

⁹ “El president avisa de que el pacto fiscal no es el (puerto de llegada) de su proyecto y llama a la ‘transición nacional’”, *La Vanguardia*, 22/07/2011.

¹ “El gran repte de país –obrir la transició catalana basada en el dret a decidir, amb el Pacte Fiscal com a primer objectiu”, *La Vanguardia*, 22/12/2010.

² *La Vanguardia*, 4/9/2011.

³ <http://www.duranilleida.org/?p=2144>.

⁴ Entrevista *El Punt Avui*, 21/8/2011.

⁵ *La Vanguardia*, 9/1/2011.

⁶ “Jordi Pujol avala la vía independentista ante la falta de argumentos en su contra”, *El País*, 29/3/2011. En la entrevista citada más arriba se pueden leer sus dilemas: “Cataluña está asediada por las instituciones del Estado”; “O la España que el Tribunal Constitucional ha dibujado, o la independencia”.



ra acabar defendiéndolo, según los vientos y los cargos en juego, sobre todo si se trata de los suyos. Ante esta nueva versión del dilema ya no hay modo de seguir con lo de siempre, mirar para otro lado. Ya no estamos ante la ambigua retórica del “reconocimiento de la identidad”. Ahora hay que tarifar. A la nueva formulación tendría que responder la izquierda de frente, como no ha hecho hasta ahora. Aunque ante esta versión del dilema lo tiene complicado; aceptó en su día como bueno el dilema nacionalista y ahora tendría que rechazar sus implicaciones.

El equilibrio de la ambigüedad

Aunque no siempre explícito, el cuerno rupturista del dilema ha estado ahí desde el principio. Con los

nacionalistas y con los demás. No hablaba de nada diferente Montilla, en su olvidada y apocalíptica batalla por el Estatut, cuando puso en circulación la mercancía de la desafección, ahora recuperada por Mas: o el Tribunal Constitucional dice amén o vamos a la independencia¹⁰. Cualquier cosa menos un mensaje moderado. En realidad, el mensaje nacionalista nunca ha sido

¹⁰ En su declaración institucional de junio del 2010: el TC “está lamentablemente desacreditado y moralmente deslegitimado para dictar esta sentencia (...) ha estado más obsesionado en dictar sentencia que en hacer Justicia y velar por el cumplimiento del pacto constitucional (...) No renunciamos a nada de lo que se ha pactado, firmado y votado”.

moderado¹¹. Desde la transición para acá, no costaría encontrar, al menos, tres declaraciones al mes –y me quedo corto– de desprecio al “Pacto constitucional”. El nacionalismo nunca ha sido circunspecto porque es difícil que pueda serlo un mensaje que nos dice que o se acepta lo que pedimos o rompemos la baraja, digan lo que digan los tribunales o las mayorías políticas, esto es, lo que normalmente entendemos por juego democrático. Si se piensa bien, la calificación de “moderado”, que con notable ligereza se ha aplicado una y otra vez a los nacionalistas, no tiene otro aval que la existencia de ETA, de un nacionalismo asesino. Pero no confundamos las cosas. Que alguien coma carne cruda no hace vegetarianos a los carnívoros que cuecen sus alimentos. Y el nacionalismo es cualquier cosa menos vegetariano políticamente: la propia naturaleza de su proyecto político, la construcción de un marco institucional propio, le lleva a conducir el debate político a los términos más dramáticos, a amenazar con la ruptura del juego institucional. A eso, normalmente, se lo llama “antisistema”.

Por supuesto, el nacionalismo, que detesta la naturalidad, no se ha expresado siempre en tan nítido lenguaje. Aunque ocasionalmente algún dirigente nacionalista catalán manejara la versión más cruda del dilema y viniera a sugerir –no sin razón– que

¹¹ Por no buscar más: los diputados de CiU en el Parlament han votado tres veces, al menos, por el derecho a la autodeterminación, en 1989, 1991, 1998.

los vascos tenían lo que tenían gracias a ETA o, dicho de otro modo, que de haber existido una ETA catalana mejor nos hubieran ido las cosas a los catalanes, el mensaje más común era otro: uno que todo el mundo dio por bueno desde la transición política, entre otras razones porque su propia ambigüedad lo hacía propicio para encontrar pactos y equilibrios con los que ir tirando. Según esta versión del dilema, la elección era entre el reconocimiento o la crisis institucional. La idea de fondo —a la que se puede llamar *la tesis del reconocimiento*— es sencilla: el nacionalismo era la traducción política de una realidad social ignorada y reprimida que exigía una respuesta política e institucional. De hecho, durante mucho tiempo el trato con ETA también estaba marcado por el mismo guión: había que dar una respuesta política. Sólo que allí el precio era más alto y era otro el cobrador, el que recogía las nueces.

Pero, como digo, los nacionalistas han evitado durante mucho tiempo la claridad. Su imprecisión no era dejadez sino una elección bien meditada. Preferían manejarse entre tinieblas para no tener que dar explicaciones acerca de cual era exactamente “la realidad social ignorada”. A los partidos no nacionalistas ese proceder tampoco les molestaba mientras pudieran dar curso a lo que les importaba, a unos pactos políticos circunstanciales con los que manejar mayorías parlamentarias, y de paso, expiar no se sabe qué culpas históricas. Todos contentos, cada cual confiado en que el tiempo jugaría a su favor si llegaba la hora de las preguntas, de despejar las imprecisiones. Se trataba de que nadie se molestara o, de otro modo, que cada uno entendiera lo que quisiera y, de paso, ahuecar la voz y acordarse de Ortega y su conllevancia. De hecho, a quienes denunciaban ese otro silencio de la transición y pedían un poco más de higiene conceptual y de realismo empírico, de debate en serio sobre los problemas que las palabras empañaban, se los acusaba de provocar tensiones, de crear conflictos identitarios donde no existían. Como

si a quienes denuncian la discriminación de la mujer se los acusara de machistas. Así que mejor aclarar la idea.

La tesis de reconocimiento

La tesis del reconocimiento se levanta sobre dos premisas. Según la primera, existe una realidad diferencial ignorada por España. Según la segunda, las exigencias de los nacionalistas son la expresión política de esa realidad. La implicación práctica del argumento es sencilla e inmediata: las demandas son, por tanto, justas y la solución de los problemas se alcanzará una vez reconocida esa realidad a la que los nacionalistas dan expresión política. Dicho de otro modo, el nacionalismo no es un proyecto político entre otros sino un proyecto político justo en tanto que tal. Ese era el entramado argumental aceptado por todos. Se ha aceptado tanto que en el Parlamento se llama “grupo catalán” al grupo de CiU, sin que importe que en estos años haya tenido menos votos catalanes que los socialistas, en ocasiones la mitad.

Esa “solución” proporcionaba un equilibrio, bien que provisional, entre las fuerzas políticas. Resultaba conveniente para los nacionalistas y para los otros, para los partidos nacionales, sobre todo para los de izquierda. A estos últimos, poco dispuestos a complicarse la vida con análisis que pudieran “calentar el debate”, les proporcionaba un diagnóstico del “problema” que llevaba implícita una estrategia de resolución: se trataba de dar forma institucional a esa realidad diferenciada, a esa España plural, para decirlo con otra —y ya van...— de las fórmulas que todos aceptaban sin so-

¹² No preguntarse si las cosas eran así era compatible con dos miradas opuestas: a) la aceptación de que las cosas era como decían los nacionalistas, lo que justificaba los pactos con ellos (y, por esa vía, la operación se presentaba como un reconocimiento de esa realidad); b) la creencia de que no eran como decían los nacionalistas, lo que proporcionaba la seguridad de que, llegada la hora, esa realidad serviría para poner en orden las cosas, y el PSOE recuperaría el mando. Las dos no le iban mal a los nacionalistas: la primera, les permitía vender su mercancía; la segunda, les daba tiempo para inventarse la realidad.

pesar su contenido sin hacer preguntas, ni acerca de la realidad invocada ni de en qué consistía ese proceso de reconocimiento o de si tenía una estación final¹². Pero sobre todo les permitía resolver lo que para ellos era lo más importante, lo dicho: dar curso a mayorías parlamentarias. Los acuerdos para salvar las votaciones se presentaban como pactos “con los catalanes”, en los que estos, a cambio de “lo suyo”, aseguraban “la gobernabilidad”. Una versión que los nacionalistas aceptaban encantados, en tanto ellos —que estaban amenazando con la quiebra del marco político: más barato imposible— aparecían como garantía de estabilidad y de moderación¹³; no ellos, por cierto, sino sus pueblos, porque, eso sí, presentaban los acuerdos como un acuerdo entre pueblos (algo que se ha visto confirmado con esa nueva mercancía que ya empieza a circular y que consiste en presentar la Constitución (el “Pacto Constitucional”) como un pacto entre naciones¹⁴, una fórmula que han utilizado tanto CiU como el PSC¹⁵.

Pero los nacionalistas tenían motivos más importantes para estar contentos con “la solución” basada en ese

¹³ Esa es otra: sus votos en el parlamento que, por lo general, salvaban —por eso, precisamente, los necesitaban a ellos— por milímetros las mayorías parlamentarias, vamos, que dejaban a la minoría mayoritaria fuera de juego —algo normal, por cierto, en la democracia— se presentaban como una contribución a la estabilidad, mientras que los acuerdos entre los dos grandes partidos (mayorías reforzadas, de hecho) que dejan a los nacionalistas fuera, se presentan como excluyentes y rompedores de consensos.

¹⁴ El periodista Enric Juliana, siempre en vanguardia, lo presentaba de este modo, un tanto singular: “El catalanismo es socio fundador de la España de 1977. CiU, PSC y PSUC participaron en la definición del nuevo orden y la Constitución, tumbada en el País Vasco, no naufragó por el voto afirmativo de Catalunya en el referéndum de 1978”, *La Vanguardia*, 29/8/2011. Dos días más tarde no rebaja su habitual tono: “ejecución sumaria del pacto de 1978 entre centro y periferia. El sello se ha roto”, *La Vanguardia*, 31/8/2011. Una exageración como otras, como aquella de que “ETA es un fenómeno intrínsecamente español”, *La Vanguardia*, 31/3/2011.

¹⁵ En septiembre del 2008 Montilla relacionaba la financiación con la ruptura del pacto constitucional (*El País*, 6/9/2010). Dos años más tarde, en Mayo del 2010, con el Estatut (*La Vanguardia*, 24/5/2010). Lo mismo que repite CiU, hoy y entonces.

diagnóstico. Uno, fundamental: su descripción del problema se daba por santa y buena. De ahí se seguían unas cuantas ventajas adicionales. En primer lugar, las exigencias nacionalistas quedaban legitimadas por aquellos ante quienes las planteaban y eso, más temprano que tarde, aseguraba que serían atendidas. Por otra parte, la valoración del resultado siempre quedaba en sus manos. Con todo, su mayor triunfo, la verdadera carta ganadora asociada a conseguir que “el problema” se entendiera como “la descripción nacionalista del problema” era la aceptación por todos de la fundamental falacia ideológica en la que se sostiene el nacionalismo: un grupo político postula la existencia de una entidad (la nación) que reúne a todos los catalanes y de la cual ese grupo constituye la expresión. A partir de ahí el camino estaba franco para ellos y la complicación asegurada para todos. Los nacionalistas, los recreadores del problema, se ofrecían como la solución al problema “con su pueblo”. En esas condiciones, una cosa era segura: el problema no tendría solución en plazo. Ellos, para seguir existiendo, tienen incentivos para mantener caliente la olla y recocer los problemas, para cebar la tensión y subir la apuesta. No habría nunca estación término. Algo que hemos podido comprobar en este tiempo.

El dilema insaciable

Los nacionalistas no perdieron el tiempo en los días de tregua y ambigüedad. Había una importante tarea por delante: crear la nación cultural, la realidad social ignorada en nombre de la cual pretendían hablar. Tenían que hacerlo rápido, no sea que a alguno se le ocurriera preguntar si había alguien ahí. Ellos eran los primeros en saber que no había para tanto, que su cuadro no era realista, que la primera premisa del argumento, la que sostenía todo el edificio retórico, era falsa o, por lo menos, sesgada: la “realidad diferencial” de la que ellos eran portavoces no existía, o al menos, no tenía la magnitud que ellos proclamaban. Para ser más precisos: su grado de

desviación respecto a la media española no era significativo¹⁶. Sencillamente, Cataluña y el País Vasco no se parecían en nada a Québec, a Bélgica o a las comunidades indígenas, las realidades políticas cuyos argumentos —endebles casi siempre, pero esa es ya otra historia— se extrapolaban: no había unas minorías culturalmente concentradas en unos territorios en donde resultaban mayorías diferenciadas. Dicho de otro modo y para evitar entrar en detalles mayores: en una Cataluña independiente la lengua mayoritaria y común será la misma que en España, por referirnos “al asunto”. Y otro tanto sucedería con la frecuencia de los apellidos, que algo nos dice sobre procedencias y orígenes ancestrales. Si el americano típico se llama John Smith, el catalán más frecuente se llama Paco Pérez o algo parecido. Nada sorprendente por lo demás.

Y de eso no tenía la culpa Franco; o sí, por favorecer, con la complacencia de las burguesías locales, uno de los desplazamientos de población más importantes que conoció Europa después de la Segunda Guerra mundial: un desplazamiento de trabajadores, de mano de obra barata y domesticada, sin derechos, que recompuso el perfil social y, por ende, cultural, de Cataluña. Eso suponía varias cosas nada irrelevantes en lo que atañe a “identidades” culturales y sociales: que una amplia mayoría de catalanes tenía sus raíces fuera de Cataluña, que la mayor parte de los catalanes tenían como lengua materna el castellano y que además eran los más pobres. En esas condiciones, la construcción del mito nacional —de la nación— no era sencilla. Esa realidad, en lo esencial, sigue igual porque esas cosas no cambian de un día para otro. Si acaso, con los inmigrantes llegados de otras partes del mundo, sus rasgos se han acentuado. Constituye una corriente profunda de la historia con la que de-

biera contar cualquier proyecto político realista que mire unos metros más allá de la próxima cita electoral.

Jordi Pujol fue el primero en tener claro que la descripción aceptada —la de los nacionalistas— se sostenía con hilos muy frágiles. Podía alentar mil festejos “populares”, pero la Feria de Abril —que organizan las casas regionales andaluzas en Cataluña— seguía siendo la fiesta popular que reunía a más catalanes, con diferencia. Y detrás de ese dato, legión. Así que desde el poder político se empeñó en la nada sencilla empresa —y poco liberal, dicho sea de paso— de inventarse el país que no existía, de aprovechar el tiempo sin preguntas para inyectar ficción a la realidad¹⁷. Más exactamente: para enfatizar la ficción y, a la vez, eclipsar o amortiguar la realidad.

En la tarea de levantar la “verdadera” cultura nacional, una actividad sin descanso en la que los medios de comunicación públicos debían cumplir funciones principales, no hubo lugar para la improvisación. Comenzaba por los informes meteorológicos, con su “temperaturas del Estado español” y sus mapas ceñidos a los “Países Catalanes” y se remataba con las retransmisiones de las más inusitadas competiciones deportivas en las que pudieran haber selecciones nacionales catalanas, sin dejar nada en medio, como la película patriótica de cada 11

¹⁷ En una operación que guarda algunos afinidades con la de Israel, A. Dieckhoff, *L'invention d'une nation. Israël et la modernité politique*, París, Gallimard, 1993, pp. 123-153. Por supuesto, y es una diferencia importante, el catalán era una lengua viva, en uso, no como el hebreo. Israel, en lugar de utilizar el *yiddish*, la lengua más extendida entre los judíos europeos hasta el holocausto, que cumplía con los mínimos requisitos (codificación ortográfica, semántica y gramatical, una tradición escrita, literaria, etc.) para oficiar como una lengua culta, impuso la propuesta de los sionistas, “la lengua de la Biblia”, un hebreo modernizado, una lengua muerta en origen, una lengua de nadie. Con todo, incluso cabría una justificación igualitaria en el caso del hebreo, que no se da en nuestras recreaciones. Una vez se reinventa, al no existir una lengua común entre los que volvían a Palestina, antes que imponer a unas minorías, el *yiddish* o el sefardí, que podían generar desigualdades, se optaba por el segundo mejor. Claro que con ese mismo criterio nuestros nacionalistas se habrían encontrado con el castellano.

¹⁶ M. Collado, I. Ortuño y A. Romeu, “Vertical Transmission of Consumption Behavior and the Distribution of Surnames”, UMUFAE, 2651, DIGITUM. Universidad de Murcia, 2008.

de Septiembre, *Braveheart*, entre las imprescindibles. Ningún terreno quedó en barbecho: a la menor ocasión, allí se incrustaba el adjetivo “Nacional”: museos, instituciones, servicios públicos, etc. Libros de estilo de los medios públicos y reglamentos de ayuntamiento regulaban con neurótica minuciosidad la elección de las palabras, de modo que cuando se dijera “nació”, “President”, “les nostres institucions”, “la llengua nacional”, “el govern” o “el govern de Madrid” todos supieran de que se hablaba. La nación estaba en todas partes. Cuando se podía y también cuando no. Ahora mismo, en el campus virtual de mi universidad, todos los profesores y alumnos tenemos la nacionalidad catalana, por defecto y por exceso: podemos cambiar a cualquiera de las realmente existentes en el mundo, menos una, la legal de casi todos. Una lluvia fina que impregnaba cada descripción y que buscaba, y muchas veces conseguía, matar el uso común –en catalán y en castellano– de las palabras y sustituirlo por una ontología de mampostería que debía regir el trato con la realidad en los catalanes, en la confianza de que a poquito, psicológicamente, se acabarían por instalar con naturalidad en un país “como” independiente¹⁸.

Junto a las tareas de construcción se daban las otras, las de derrumbe. Se trataba de abortar cualquier mani-

festación cultural que desdibujase la compacta imagen de la identidad¹⁹. Si no se podía impedir, por lo menos había que evitar que tuviera una traducción política, que aparecieran exigencias –que no tenían más que explotar los materiales argumentales del nacionalismo– de reconocimiento institucional de todas las “identidades”. De modo que cuando no se pudo ir por lo directo, como se hizo al impedir la emisiones de televisiones de otras regiones de España, se optó por acomodarlas en clave costumbrista, como exotismos más o menos casposos a los que se engrasaría económicamente si era menester –o al menos a algunos de sus gestores– eso sí, siempre previo peaje de admitir su condición de injertos ajenos a esa esencia impermeable a la historia: sencillamente, no eran de allí. El propio Montilla tuvo que escuchar en boca de Mas –y no sólo de Mas– que era un catalán “venido de fuera” y que accedía al poder porque los catalanes fetén eran tolerantes y generosos²⁰. ¿Se imaginan algo así en otra parte?

El modelo a seguir lo proporcionaban las políticas lingüísticas, con ese disparate conceptual de la “lengua propia” de Cataluña, que no era la lengua común ni la lengua mayoritaria de los catalanes (ni tampoco la que se habla allí y solo allí, algo que solo sucedía con el aranés). Un fórmula sin pies ni cabeza, pero que, convertida en homilía diaria, acabó –como tantas otras– por ser asumida por no pocos ciudadanos que llegaban a convencerse de que su propia lengua, su lengua materna o su lengua de siempre, no era su lengua propia, verdadera; y hasta nos hemos podido encon-

trar con personajes políticos –como le sucedió a importantes líderes del PNV– que decían aprender su “lengua materna” cuando ya andaban por la madurez tardía o que, después de toda una vida relacionándose en castellano con su pareja –algo que Franco no vigilaba– decidieron –y no es sencillo– que su lengua de comunicación era el catalán, como le sucedió al propio Mas²¹.

Pero no nos engañemos: no había torpeza. Sobre todo en la política lingüística, la joya de la corona del proyecto. Cuando la realidad era la que era, retorcer los conceptos y la realidad era el tributo inevitable. Para construir la nación, ante todo, hay que identificar la comunidad política diferenciada y para ese empeño la “lengua propia” resulta fundamental. Era el único clavo al que agarrarse, la única diferencia con dosis de realidad, de verdad, porque el catalán gozaba de una presencia –y una salud– social indiscutible, y de justicia, porque había sido perseguido durante la dictadura. Pero sobre todo la lengua importaba porque se podía, a partir de ahí, construir el relato de la identidad nacional. La lengua proporcionaba “particularidad”, “mundo de experiencias”, “manera de ver”; en fin, toda la chararra romántica, ajena a cien años de conocimientos científicos, pero que tan eficaz ha resultado siempre. No, no se podía renunciar a la lengua propia ¡A tomar viento la lógica y la realidad!

A partir de ahí, el itinerario era el previsible, paso a paso: el primero, la extensión a “todos los nacionales” de su verdadera lengua, el bastidor de la identidad común de la nación. Una vez “resuelto” el problema empírico, el nacionalismo incrustaría su parti-

¹⁸ Es ese “como si” en que hace inteligible al Mas que desprecia las sentencias judiciales como “el argumento” de que, desde España, “llevan demasiado tiempo tocándonos las narices con el idioma”. “Nadie les toca las narices a los españoles con el castellano, ni a los franceses con el francés, ni a los alemanes con el alemán. ¿Y por qué a los catalanes nos tienen que tocar las narices con nuestro idioma?”, se ha preguntado. “Intentan que el catalán vaya a menos porque configura nuestra identidad colectiva”, *La Vanguardia*, 8/9/2011.

¹⁹ Pero quizá en el ejemplo más relumbrante fue, ya con Montilla, el de la feria del libro de Frankfurt, cuando los alemanes se encontraron con que la cultura catalana que ellos conocían y compraban –y que esperaban ver– no se parecía en nada a la que les llegó, exclusivamente en catalán. Por cierto, que con más integrantes que cuando se invitó a la India. Allí no asomaron los Juan Marsé, Eduardo Mendoza, Javier Cercas, Félix de Azúa, Carlos Ruiz-Zafón, Enrique Vila-Matas, Nuria Amat, Ana María Matute. Goytisolo.

²⁰ En noviembre de 2006, en la campaña electoral, Mas le dijo a Montilla que debía su candidatura a “la política de integración de CiU que permitía progresar a los que como él venían de fuera”. Con notable dignidad Montilla le replicó que el derecho a ser candidato no lo daba Mas sino la Constitución, algo por lo que el había luchado, mientras Mas estaba en otras cosas. *El País*, 30/10/2006. En realidad, en la parte que le correspondía a CiU, con su nivel de catalán, no podría trabajar en la administración pública. Claro que esto último no lo dijo.

²¹ Según el Informe de política lingüística de la Generalitat del 2010, el 55% de los catalanes tiene como lengua materna el castellano, el 32% el catalán y el 9%, otra lengua. Lo extraordinario es que cerca de la mitad de los catalanes (un 48,8% en el 2006) cree que su lengua propia es el catalán. Es decir, hay catalanes que consideran que su propia lengua no es su lengua propia.

cular versión de la falacia naturalista, el paso normativo: puesto que somos diferentes, tenemos derecho a –debemos– decidir aparte. En una diferencia forzada –e irreal en los términos en que se presentaba– se sustentará un imposible principio de legitimidad. No resultaba defendible ninguno de los supuestos: el primero, por falso, porque la realidad catalana no era como la contaban; el segundo, por injustificado, porque la existencia de diferencias “en modos de vida” –a no ser que estemos dispuestos a aceptar a las mujeres, los ciegos o los ricos como unidades legítimas de decisión– no fundamenta un principio de soberanía, un derecho especial. Pero daba lo mismo, nadie parecía interesado en recordárselo.²² Sobre todo quien podía y debía.

El miedo a la izquierda

Porque la operación presentaba un momento particularmente delicado: aquel en el que ese guión rozara con la izquierda política. Un momento que podía llegar bien pronto. Porque los mayores y más

inmediatos perdedores del proyecto de construcción nacional eran los “otros catalanes”, aquellos que habían proporcionado sus militantes y sus primeros y numerosos votos a la izquierda. Nacidos o no en Cataluña, se expresaban en castellano, nutrían casi en exclusiva a la clase obrera, su nivel de calificación, aunque mejorado en los últimos años del franquismo, era escaso y vivían en ciudades y barrios en los que todos eran como ellos. Eran muchos, los más, y también los más pobres. No eran los agentes de ningún poder, como los describió el nacionalismo, sino las víctimas de todos los poderes²³. Ese fermento social fue el que dio tempranos éxitos electorales a la izquierda, una izquierda que señoreaba un mapa político en el que para encontrar a los nacionalistas había que buscar por los rincones de los resultados electorales. Y no es retórica: socialistas y comunistas, recién acabado el franquismo, eran las dos primeras fuerzas políticas. Los nacionalistas ni siquiera eran los terceros²⁴.

Esos otros catalanes en pocos años se iban a encontrar con que les complicaban la vida las instituciones y el mercado de trabajo, las realidades políticas con las que más trato tenían. No entendían las cartas de las autoridades ni los impresos de la sanidad pública; y, cuando llegaron las malas horas, las reconversiones y las crisis económicas y se quedaron sin empleo, su falta de competencia en su “lengua propia”, les penalizó a la hora de encontrar un trabajo nuevo. Sobre todo ello sobran los datos y las anécdotas.

En esas circunstancias, la izquierda, con bastante naturalidad, podía haber recalado en un discurso antiidentitario y por ende antinacionalista, muy enraizado en su historia y bien fundamentado conceptualmente de defensa de un bi-

lingüismo institucional, en el que no se despreciara la lengua de los de abajo, la compartida y de la mayoría, también de muchos de los que llegaron más tarde procedentes de otros países. Es el mismo discurso que, de la mano del ideal de ciudadanía, en muchas parte del mundo ha llevado a buscar lo común y a eliminar las barreras que trazan discriminaciones arbitrarias entre los ciudadanos en el acceso a las posiciones sociales. La izquierda disponía, además, de unos avales democráticos, derivados de su lucha antifranquista, de los que no andaba sobrado un catalanismo que –en sus núcleos patricios²⁵– había aplaudido la llegada de Franco, “del orden” y a la que Franco había servido proporcionándole una fuerza de trabajo barata y callada y un mercado cautivo para sus productos²⁶. De hecho, hubo un momento en el que dio unos cuantos pasos en ese camino y el PSC, por la boca de (¡asómbrense!) Raimon Obiols, su primer secretario, criticaba la política de “normalización” del CiU y exigía “que se garantizase escrupulosamente en igualdad de condiciones, el aprendizaje del catalán y el del castellano, así como el derecho de los padres a elegir la lengua con la que quieren educar sus hijos en las primeras etapas educativas”²⁷. De haber sostenido el pulso algo más de los diez primeros minutos,

²² Sobre esto el magnífico libro de L. Rodríguez Abascal, *Las fronteras del nacionalismo*, CEPIC, Madrid, 2000.

²³ Así Jordi Pujol en un artículo de 1965: “Es muy conveniente que las cosas se digan por su nombre. Que los conceptos sean claros. Que se vean las cosas tal como son, y no como el hábito y el camuflaje o el cansancio las hacen ver. Concretamente, es del todo necesario que 150 o 200 mil hombres que viven en Cataluña sean considerados como lo que son en realidad: como ejército de ocupación», citado por A. Espada, en *El Mundo*, 12/06/2010. Quienes piensen que se trata de pecados de juventud deberían leer el prólogo de 1996 a la edición definitiva de *Justificació de Catalunya* (Ed. L'Albi, Berga, e.o. 1958), de Josep Armengou i Feliu, capellán de Berga, una obra reaccionaria, por no utilizar calificativos mayores. El lector puede juzgar: “El solo hecho de haber nacido en Cataluña y ser padre de catalanes no es suficiente para ser catalán . (...) Las zorras y los sapos de nuestro país también han nacido en Cataluña y no decimos que sean propiamente catalanes(...) El hombre que en su tierra se constituye en introductor de una lengua extranjera en detrimento de la lengua propia, es importador de costumbres extranjeras que adulteran las formas de vida originales sin hacerlas progresar, es un degenerado y un miserable”. Una obra que Pujol juzga: “apasionada –i apassionat– allunyada de les elucubracions universitàries i dels compromisos dels polítics”.

²⁴ <http://elecciones.lainformacion.com/generales/congreso/1979/cataluna/barcelona.html>

²⁵ Algo que, en diverso grado, alcanzó a todos, aunque no guste recordarlo. Hace tres años la familia Maragall obligó a recortar una biografía ya editada de Pascual Maragall. Entre las páginas “censuradas” se incluían las que contaban sus días y sus temores en los años de la guerra civil. *El País*, 29/10/2011.

²⁶ El catalanismo, en origen, se caracterizó por una defensa cerrada de proteccionismo y del Imperio Español, Cf. Enric Ucelay-Da Cal, *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*. Barcelona: Edhasa, 2003. Solo después de que se hundiera el Imperio que cambia la proa de su relación con España. Una buena síntesis de la literatura sobre ese cambio: J. Moinsand, “Protectionism and the Birth of Catalanism”, *Books & Ideas.net*. 16-09-2011.

²⁷ *Abc*, 13/10/1994.

habría secado el terreno definitivamente sobre el que el nacionalismo quería levantar su bosque de mitos. Tenía los votos, las razones y hasta las siempre volubles “fuerzas de la cultura”.

Pero aquello duró lo que duró, que no fue mucho, pasó el tiempo y cuando alguno de los de abajo se quiso quejar no encontró a los que en otro tiempo le habían dicho que estaban con él. La izquierda compró la mitología nacionalista, al menos la izquierda que nutría la dirección de los partidos, que en lo que atañe a procedencia social —y quien dice procedencia, dice sensibilidad ante los problemas— difería bien poco de la que nutría al nacionalismo con denominación de origen. De hecho, cuando llegó al poder siguió con lo mismo y con más intensidad. La batalla del nuevo Estatut confirmó que cogía el testigo del dilema nacionalista. Maragall no se cortó un pelo: el Parlamento español y el TC no debían tocar una coma o se armaría: “el drama estará servido” y, por precisar qué entendía por “drama”, recordó lo que pasó en el 36²⁸. Montilla, sin cambiar el guión, ofreció una versión sentimental, que Mas ha repetido a cuenta de la reforma constitucional: las transferencias económicas de Cataluña al resto de España producen defecación; si no se atendían las demandas, habría desamor. Y en aras de recuperar el querer la estrategia de la tensión se cebó día tras días.

Se asentó el lenguaje viciado —aún más viciado— y belicista en el que estamos instalados y que sirvió de fundamento a una recreada encrucijada histórica según la cual si la sentencia no era la esperada se rompería el pacto entre España y

Cataluña, el pacto de la transición, descrito ahora como un pacto entre pueblos. Y, en mitad de la batalla, no se dudó en llamar a filas a la bien dispuesta “sociedad civil”, siempre disciplinada a la hora de rebelarse. En muy destacado lugar, la prensa catalana, convertida en correa de transmisión de los poderes políticos, según se confirmó en aquel editorial conjunto en el que “la dignidad de Cataluña” se contraponía a una decisión del Constitucional²⁹. Tampoco faltó a la cita el Círculo de Economía, foro de opinión que integra a empresarios catalanes y, en funciones decorativas, a algunos académicos que poco antes de las elecciones catalanas defendía la necesidad de un pacto constitucional para “un mejor encaje de Cataluña con España”³⁰. Comparado con su predecesor, Montilla podía ser contenido en las palabras, pero, desde luego, no lo fue en las acciones. Esas manifestaciones de la sociedad civil fueron cualquier cosa menos espontáneas. Él mismo, cuando le tocó su turno, hizo solemnes apariciones televisivas y convocó manifestaciones desde el poder a las que no dudo en concurrir, con menos solemnidad, eso sí³¹.

Para ver cómo estaban las cosas cuando llegaron las últimas elecciones autonómicas no hay quizá mejor ilustración que lo sucedido en un debate televisivo. Después de que Albert Rivera, candidato del Partido Ciudadanos, interviniera en castellano, Artur Mas, con ese sentido patrimonial *del país* propio de los monarcas del Antiguo Régimen y, también, muy característico de la burguesía nacionalista, desatendiendo los asuntos en discusión le interrumpió para decirle: “Fí-

jese si somos tolerantes los catalanes que usted habla en castellano en la televisión nacional de Cataluña y no pasa nada.” Mas oficiaba como el patrón y la izquierda callada y asintiendo. El primero, el entonces presidente de la Generalitat, él mismo castellano parlante. Ya ni siquiera la tibia réplica de unos pocos años atrás, cuando lo trataron de *parvenu*. Y casi se entiende. A Montilla en casa le estaban diciendo lo mismo. Por ejemplo, Ernest Maragall, quien poco tiempo después relacionaba la conveniente catalanización del PSC y el abandono de Montilla, Zaragoza e Iceta de su dirección. El mismo mensaje identitario. Y además, y esto hay que repetirlo, falso: el catalán medio no se parece ni a Mas ni a Maragall. De hecho se parece más a Montilla.³²

Pues así están las cosas. La izquierda catalana no solo no se resistió al proyecto nacionalista sino que lo hizo suyo. Y como la izquierda es muy dada a la decoración teórica, hasta levantó doctrina con una tesis inverosímil, disponible desde tiempo atrás, según la cual la mejor manera de evitar que la sociedad catalana se dividiera consistía en desatender lo común y mayoritario. Un mensaje un tanto singular que demandaba a una amplia mayoría descuidar derechos que afectaban a sus condiciones de vida para defender a una minoría que, desde luego, en términos generales estaba bastante más cerca del poder que ella (y es que nunca hay que olvidar que la condición de minoría no equivale a la de oprimido, como bien saben los ricos, pocos y poderosos). En la versión de la época: la clase obrera tenía que ponerse a la cabeza de la reivindicación nacional para evitar que quedaría en manos de la burguesía. Un argumento que, de tomarse en serio, puede llevar a defender la desaparición del IRPF. Pasó el tiempo, a la dirección de los partidos llegaron otros, más astutos o más cínicos, frecuentadores de la mercadotec-

²⁸ “El drama está servido”, *Abc*, 16/12/2003; la alusión al 36, en Declaraciones a la cadena SER, *Abc*, 3/2/2004; en septiembre del 2005, uno de sus consellers, Huguet, volverá sobre la comparación. Benach, como presidente del Parlamento, hablará de “crisis de Estado” y se acordará de Macia.

²⁹ F. Ovejero, “Avisos de líos por parte de los liantes”, *Abc*, 26/1/2010.

³⁰ *El Periódico* 6/10/2010.

³¹ El 10 de julio de 2010 tuvo que marcharse protegido de la manifestación que había convocado para presionar “preventivamente” al Tribunal Constitucional que debía sentenciar la constitucionalidad del nuevo Estatut.

³² F. Ovejero, “El nacionalismo: de la identidad a la economía”, *Abc*, 1/8/2011.

nia política antes que de la filosofía política, y al servicio de lo mismo echaron mano de los argumentos que todo el mundo entiende: asumido que los votos de los otros catalanes eran suyos, había que pescar en los bancos electorales del nacionalismo, había que “ampliar” el mensaje por la esquina nacionalista. Una esquina que, de tan concurrida, no tenía ya terreno para repartir: no desde luego a una izquierda a la que los desprecios “por españolistas” les llegaban un día sí y otro también. Eran tantos los pobladores que, en aras de distinguir lo indistinguible, por allí comenzaron a aparecer sutiles distinciones que harían palidecer al más escolástico de los filósofos: nacionalismo, catalanismo, independentismo, soberanismo y los que vendrán.

En su afán de asentar allí sus reales y abrirse hueco en el lado bueno de la barricada, la izquierda completó la operación inventándose una línea de demarcación –materializada en el pacto del Tinell– en la que sólo dejaba al otro lado al PP, y más tarde a Ciudadanos, asociado a una catarata de etiquetas estigmas (“Madrid”, centralismo, lerrouxismo, españolismo, “Franco”), todo mezclado y todo revuelto en un mensaje que, andando el tiempo, le ha allanado el camino a la adquisición de otros productos; estos sí, bien claros en su intención y perfectamente reconocibles en el plano ideológico: balanzas fiscales, límites a la solidaridad y, a veces, hasta derechos históricos y conciertos económicos. En Europa son cosas de las que sólo habla la Liga Norte, la derecha más derecha. No todos han comprado todos los productos, pero desde luego muy pocos han levantado la voz para recordar su composición y procedencia. Al final ha dado lo mismo: los méritos no fueron reconocidos y, a pesar de las piruetas del PSC, los nacionalistas de toda la vida, que han pactado con el PP las veces que han necesitado, no dudaron en empujar a los socialistas al lado estigmatizado de la barrera sin atender a las proclamas de limpieza de sangre. El resultado final lo vemos cada día: desnortada,

presa de un lenguaje prestado y de sus inexorables consecuencias, la izquierda catalana se muestra incapaz de opinar sobre las cosas más elementales, como quedó recientemente ejemplificado cuando, ante la enésima propuesta de debatir el Parlament la independencia de Cataluña, la portavoz socialista no encontró otra razón para oponerse que no cabía en la ley ni lo pedía la gente, sin que acabase de quedar clara su respuesta a la pregunta fundamental: sí, ya, pero ¿usted que piensa?, ¿le parece bien o mal?

Por lo demás, como acostumbra a suceder más temprano que tarde cuando faltan las razones para avalar las decisiones programáticas, la contabilidad electoral tampoco ha acabado de salir. En mitad de la arboleda enmarañada se pueden decir mil ocurrencias y pinturrajearlas como sutilezas, pero el bosque está ahí para quien quiera verlo. Las fotos fijas, sin duda, ayudan: en las primeras elecciones generales, los socialistas aparecían como un partido ampliamente enraizado en la clase obrera y las clases medias. Y quien decía los socialistas decía el PSOE, el único partido realmente existente de los que acabaron por integrar el PSC-PSOE: todos sabían que, de haber competido en las elecciones, ningún otro hubiera asomado en el Parlament por más de una legislatura, con su escasa o nula implantación social y sin los recursos –además de gentes– con los que contaba el PSOE merced a los dineros alemanes y a una maquinaria política engrasada para las elecciones nacionales. Hoy estamos muy lejos de aquella situación, con el PSC en un lento proceso de descomposición cuyo final es difícil de adivinar. Eso sí, con un discurso nacionalista de prestado, entre la mala conciencia y la utilización de la catalanidad como argumento de calidad para dilucidar sus disputas.

En su pérdida de sentido de la realidad no pocos dirigentes –y aspirantes a dirigentes, hartos ya de esperar que el escalafón se mueva– han querido explicar sus desastres por sus contagios españoles, cuando de lo único que hay evidencias es de lo

contrario: de la correlación entre el aumento del nacionalismo y el alejamiento del electorado, de que en estos años los socialistas catalanes han sobrevivido (y ahí están sus éxitos en las elecciones nacionales y sus fracasos en las autonómicas) gracias a la respiración asistida que les proporcionaba un PSOE al que ahora (ante su previsible fracaso electoral en el que mucho tienen que ver) leprosean en un alarde de mezquindad impropio incluso de la política. Una situación que, *mutatis mutandis*, no es muy diferente de la de ICV, un partido que poco o nada tiene ya que ver con lo que fue el PSUC, comenzando por sus votos que, según muestran los estudios, recogen menos voluntades obreras que el PP. Será por eso, o por otra cosa, pero ICV ha faltado todavía menos que el PSC a sus citas con el nacionalismo.

Con todo, las responsabilidades no son sólo de la izquierda catalana. La evolución descrita se ha visto favorecida por la indolencia de tantos años del PSOE que en este tiempo había comprado a espuestas la mercancía del “reconocimiento de la identidad” sin pensar que allí también tenía algo que decir. Como si diera por perdida la disputa política en Cataluña, le bastaba con recoger los suficientes apoyos, de los suyos y de los nacionalistas, tributos mediante. A corto plazo, si mantenía la tensión, temía perder votos y los votos a largo plazo, los que acaso pudieran llegar mañana, no ayudan a mantenerse hoy en el gobierno. Tampoco ayudaba mucho un diseño institucional que convertía a los nacionalistas en electoralmente decisivos a la hora de decidir acerca del interés general sin tener que comprometerse programáticamente con el interés general. Y todo ello en mitad de un desconcierto ideológico de la izquierda en todas partes que en muchos casos ha llevado a reemplazar el clásico discurso de la igualdad y la justicia social por otro de la diferencia y la comunidad, un discurso no desprovisto de inquietantes antecedentes reaccionarios: de mirar al pasado como una losa a hacer

de él un argumento y a defenderlo porque sí. La doctrina no podía ser más destartada³³, pero nuestra izquierda estaba dispuesta a hurgar donde fuera menester para dotar de alguna decoración ideológica a unas decisiones políticas trazadas por la aritmética parlamentaria y la recaudación de votos.

Pero también aquí ha llegado el tío Paco y su rebaja. Ya no hay tantos votos que recoger en Cataluña; y hasta es posible que los que se han perdido en otras partes tengan que ver con lo que allí ha sucedido. El mensaje ha llegado incluso a los cínicos, que también los había, que no creían “el cuento de la identidad” y que confiaban en que si era necesario siempre se podría volver a los tiempos de la transición, con el PSOE de toda la vida señoreando el campo. Estos son, quizá, los más preocupados: ignoraban todo de Cataluña —entre ello que el catalán era algo más que un exotismo, sin llegar a ser el ADN de Cataluña, como dijo Maragall en México— y de pronto se les han derrumbado todas las hipótesis.

Un chantaje contra la democracia

Ahora los nacionalistas presentan el dilema con otro formato. Saben que el mensaje de la identidad tiene su techo electoral y empiezan a pensar que con lo de “nos explotan a todos” pueden recoger los votos que últimamente les faltaban para hacerse dueños completos de la plaza. En la economía nacional, piensan, estamos unidos y sin preguntas incómodas acerca de las desigualdades domésticas³⁴. Después de todo, el nacionalismo siempre ha mostrado mucha habilidad para escamotear los conflictos de clase internos e inculpar a

los “de fuera”. De modo que salvo algunos casos cada vez más estrafalarios, que quizá cumplen la función de mantener la musculatura en tensión, como el recurrente caso de las matrículas de automóvil en el que el gobierno autonómico anima a saltarse la ley³⁵, el centro de gravitación ya no es “el reconocimiento de la identidad”, más que satisfecho, sino el dinero. Eso sí, lo que no conciben es un paso atrás en la política lingüística, la piedra basal de su edificio. De ahí su reacción a la sentencia del TSJC sobre política lingüística. Con más trenes.

El dilema nacionalista en su actual versión se establece entre el pacto fiscal y la independencia o, en su interpretación más actualizada, la revisión del Pacto constitucional: si no se atienden nuestras exigencias económicas, no nos queda otra que marcharnos. Como este “independentismo por resignación” ha encontrado avales en ciertos creadores de opinión vecinos al socialismo catalán (o al menos inquilinos de los cargos que esa vecindad proporcionaba), no está de más dedicarle unas líneas.

El dilema del pacto fiscal equipara la comunidad política a una empresa comercial. El siempre inequívoco portavoz del Govern catalán, Francesc Homs, lo deja bien claro: si España no es capaz de ofrecer “nada” para que Cataluña se sienta cómoda dentro del Estado, será “difícil continuar conviviendo”. Con más exactitud: “España tiene la obligación de hacerse atractiva ante Cataluña porque ahora atractiva no lo es”³⁶. La mirada no es la de unos ciudadanos

que participan entre iguales en las decisiones, sino la de unos socios que se apuntan a una empresa únicamente si obtienen ventajas, si les sale a cuenta. Si no, se borran. Las decisiones —y quién dice las decisiones dice las leyes— y hasta las sentencias no se valoran por su justo procedimiento, por su calidad democrática o base jurídica, sino por el beneficio que a uno le proporcionan. Solo las acato si me benefician. Si acaso, “las negoció”. Y amenazaré con lo que sea —al final, con marcharme— para que las cosas se hagan como yo quiero.

Nada más lejos del ideal democrático, que establece un vínculo conceptual entre el autogobierno, la participación de todos con los mismos derechos, y la justicia de las decisiones: es precisamente porque todos los que formamos la comunidad política hemos participado en las decisiones y éstas se han tomado correctamente, atendiendo a todos los argumentos, por lo que estoy vinculado con ellas³⁷. Si damos por bueno el dilema nacionalista no se ve que objeción habría a que los ricos —con identidad compartida y hasta con localización común— nos amenazaran con que “si no nos gusta la política impositiva, nos vamos a las Islas Caimán” y, por ese camino,

³⁶ Entrevista en *El Periódico* 21/3/2011.

³⁷ Si uno quiere irse, no hay posibilidad de solución compatible con la democracia. Ciudadanos con distintas concepciones acerca de la buena sociedad pueden ponerse de acuerdo porque piensan es la misma comunidad. Y si no alcanzan los acuerdos, pueden fijar los criterios para resolver —al menos idealmente— las discrepancias, porque apelan a unos intereses generales —incluso cuando mienten— que les atan porque dicen —o simulan— estar comprometidos con ellos. Es el juego de la deliberación que impone el uso de patrones de justicia o imparcialidad que, mal que bien, pueden oficiar como cribas ante las propuestas. Pero ese mecanismo deja de funcionar cuando la idea del diálogo, el uso de patrones de justicia o imparcialidad que, mal que bien, pueden oficiar como cribas ante las propuestas. Pero ese mecanismo deja de funcionar cuando la idea misma de interés general ni siquiera se da por buena y la sociedad de referencia no es la misma (eso que tantas veces hemos escuchado en el parlamento de “no se si es bueno para España, pero sí para los de míos” o “nunca me han dado tanto por tan poco”). Pueden darse, circunstancialmente, intereses coincidentes, o incentivos compatibles. Eso en el corto plazo. En el largo, no hay coincidencias, que es, al cabo, la aspiración del nacionalismo.

³³ Brian Barry, filósofo político de izquierda, fue uno de los pocos que reconoció la parte de culpa de los que se dedican a pensar en serio en estas cosas, de cómo su propia dejadez y focalización en ciertos asuntos muy sofisticados permitió que se popularizara una literatura multicultural de pésima calidad que alienta “la estridencia nacionalista, la autoafirmación étnica y la exaltación de lo que divide a la gente en lugar de lo que la une”, *Culture & Equality*, Cambridge, Harvard U.P., 2001, p. 3.

³⁴ Y la máquina de propaganda no se detiene, día a día. Solo así se explica que el principal diario digital catalán recoja como noticia que “un inmigrante andaluz que fá més de 40 anys que viu a Catalunya i té domicili a Parets del Vallès, considera que “hay que pedir la independencia” i espera “que tengamos cojones para pedirla” (<http://politica.e-noticies.cat/espero-que-tengamos-cojones-para-la-independencia-56548.html>)

³⁵ “El portavoz del Govern, Francesc Homs, ha animado este jueves a los catalanes a llevar el distintivo CAT en la matrícula del coche particular”, *La Vanguardia*, 14/7/2011. Por su parte, mientras la policía autónoma recuerda que eso es motivo de sanción (*El País*, 15/7/2011), su mayor responsable, el conseller de interior, recuerda —y defiende— que él lleva el distintivo en su vehículo particular (*El Mundo*, 20/7/2011)

chantaje mediante, decidieran su aportación a la caja común³⁸. La democracia se basa precisamente en que todos acatan las decisiones que se han tomado por el debido procedimiento, sin que uno pueda “marcharse con lo suyo” En el territorio político todo es de todos sin que nadie sea dueño de parte alguna³⁹.

Pero no hay que engañarse: la elección es previa. Para decirlo en el léxico de Montilla y ahora también de Mas, no es que la transferencia de riqueza produzca desafección, sino que la desafección es la que lleva a cuestionar la redistribución. La balanza fiscal catalana no es diferente de las de otras comunidades con altos niveles medios de renta, como Madrid o Baleares, en las que nadie amenaza con desamores. La desafección es la elección de partida del nacionalismo, la que permite levantar los problemas y las preguntas. Por eso mismo no se pregunta si la transferencia de riqueza produce desafección entre distintas comarcas catalanas o entre los barrios de Barcelona, pero sí entre Cataluña y España. No es el resultado, sino el principio: porque no son de los nuestros no vemos porque hemos de aceptar las decisiones políticas de todos, entre ellas las redistributivas. Y, también, la desafección es el objetivo estratégico, lo que se busca y alienta, que por algo es un partido nacionalista: porque no queremos que los catalanes sientan a los demás españoles como parte de la misma comunidad política, hacemos las preguntas y dibujamos los dilemas⁴⁰. Es la elección de no formar parte de la comunidad política la que lleva a echar las cuentas. Y eso no hay mane-

ra de cuadrarlo.

Basta con ver la historia reciente y las sucesivas presentaciones del dilema para confirmar que el objetivo es avanzar en la desafección. Si revisáramos las informaciones de los últimos años acerca del Estatut en todas sus variantes, el que salió del Parlament, el que se votó en Madrid, el revisado por el Constitucional, en cada uno de esos momentos, encontraríamos declaraciones diciendo que aquello era solo el punto de partida, que al día siguiente, las cosas volverían a estar como el día anterior, como habían estado cuando se reclamó el Estatut de la República y, también, en estos años de tregua en las preguntas, cuando periódicamente se amenazaba con exigir un nuevo Estatut. Sencillamente, la independencia es la única estación término del tren nacionalista, el único equilibrio⁴¹. No es que porque se quiere X y no se obtiene X se opta por marcharse. Sino porque se ha decidido, cuando se den las condiciones, marcharse por lo que se quiere X. La mejor prueba es que, al final, cuando se ha conseguido X, la demanda pasa a ser Y, también provisional, camino de Z. No se ha evolucionado paso a paso hacia el independentismo, sino que el independentismo está en el origen de cada uno de los pasos. Por supuesto no faltan quienes creen sinceramente que la solución está en X y una vez alcanzado X a otra cosa, pero, sea por lo que sea, al final, siempre acaban borrados o borrándose en mitad de la corriente. A decir verdad, no recuerdo a nadie que, iniciado el camino, se bajara del tren, que dijera que, cumplidas sus expectativas, se apeaba en la próxima estación.

Una posible respuesta

Ante el nuevo mensaje la izquierda se ha quedado desconcertada. En mitad de la crisis y los problemas del déficit, con pocas ganas de hablar de economía, tiene la tentación de recuperar la vieja

versión del dilema, de seguir con lo de siempre, con aceptar la descripción nacionalista y luego ir a recoger los votos en las generales. Pero los nacionalistas ya no están por devolver las aguas al cauce de la identidad y no aceptan cobrar en derechos sus demandas económicas, entre otras razones porque, en ese apartado, el “Estado central” está tan seco que ya no tiene mucho más que ofrecer. Ahora van a lo que van. No estamos como hace veinte años. El agua ha pasado bajo los puentes y hoy, aunque la trama social y demográfica sigue siendo la misma en lo esencial, ya que estos cambios tienen un tempo geológico, su mensaje identitario se ha extendido, como lo prueban el que los socialistas catalanes lo hayan hecho suyo y, sobre todo, la propia consolidación de CiU, capaz de sobrevivir durante dos legislaturas fuera del poder, una verdadera travesía del desierto en las autonomías, en donde el aguante en vida política depende tanto del poder clientelar.

Pero, claro, para la izquierda, sin una pérdida definitiva de su identidad ideológica, el nuevo lenguaje resulta difícil de asimilar: ese léxico de “balanzas fiscales”, “límites a la solidaridad” o la apelación por agravio comparativo al régimen foral de vascos y navarros, con esas resonancias al Antiguo Régimen. Con todo, su problema mayor en nuestro caso es otro: no sabe qué decir después de lo ya admitido. Porque, en buena medida, la aceptación de la versión anterior del dilema y, por ende, de la tesis de reconocimiento, dificulta la respuesta al actual dilema. Por razones políticas baratas y también caras, sustantivas. Las baratas, los votos: al dejar que los nacionalistas hayan ido recreando la ficción hay muchos catalanes hoy convencidos de que ellos, que son otros, dan de comer a sus vecinos. Las importantes: la izquierda, al dar por buenas las premisas de los nacionalistas, se ve con dificultades para rechazar sus conclusiones. El corolario inexorable de la tesis del reconocimiento: la (supuesta) diferencia otorga (supuesta) legitimidad para preguntarse si todos deben comer el mismo rancho.

Y los nacionalistas, no hay que engañarse, están ahora en las cosas del

³⁸ A. Buchanan, “Democracy and Secession”, M. Moore (ed.), *National Self-Determination and Secession*, Oxford, Oxford U.P. 1999.

³⁹ He argumentado esto en *Contra Cromagnon*, Barcelona, Montesinos, 2007.

⁴⁰ No son conjeturas. Mas ha declarado que votaría sí en un referéndum (*La Vanguardia*, 10/09/2010). Esa afirmación, en boca de un político, es algo más que el deseo de que el Barça gane la liga. Quiere decir que hace lo posible por realizar sus metas. Por lo demás, ha expresado muchas veces que es bueno que crezca el sentimiento independentista (*El Periódico*, 11/7/2011).

⁴¹ Oriol Pujol, lo dejó claro este verano: “da igual si hay mayorías absolutas o no, o si hay gobierno del PSOE o del PP porque sabemos donde vamos (...) hacia la emancipación nacional de Cataluña”, *Abc*, 29/07/2011.

comer. Han ido, paso a paso, subiendo la apuesta. Y aquí nada tienen que ver las “provocaciones”, que siempre las encuentran cuando las necesitan. “Las provocaciones” en boca de los nacionalistas son simple impostura. De modo sostenido, nadie ha empleado jamás en la política española —y subrayo, en la política— un tono más estridente que los nacionalistas. Hasta se podrían calcular los promedios. Aznar, que pactó con ellos más de lo que se cuenta⁴², podía ser un crispador, pero desde luego las cosas no mejoraron con Zapatero, que les facilitó todos los aterrizajes. Más bien al contrario. El nacionalismo ha hecho del “sentimiento de provocación” una estrategia. Es un modo de enmarañar la discusión cuando no se es capaz de responder a las preguntas elementales, de aclarar en qué consiste exactamente la realidad social ignorada: se levanta el plano de la discusión para evitarla, no se habla de las cosas sino de los motivos de quienes hablaban de las cosas y de sus efectos sobre ellos: que si la ofensa, la crispación, el desamor. No hay mejor ejemplo que la mecánica reacción ante las denuncias de una política lingüística que ignora la lengua de la mayoría de los ciudadanos: la acusación de dividir, de hacer política, de señalar un problema donde no lo hay. Las discrepancias se acallan porque no hay discrepancias y la denuncia de lo que es una política bien real se considera “hacer política”. Lo que sea, menos responder a las preguntas.

De modo que para abordar “el problema” lo mejor es evitar el fango de las emociones. Hablemos de las cosas: demos un paso atrás y dispuestos a discutir de todo, comenzando por las preguntas que nunca se acabaron de hacer, pidamos claridad, también a las amenazas. Así que lo primero es tomarse en

serio las exigencias nacionalistas, no tratarlas como si fueran los reclamos de una criatura o de un loco apasionado al que se le da la razón por no discutir. Eso no significa otra cosa que dar una respuesta política, en el mejor sentido de la expresión, como discusión de ideas. Algo bien sencillo, pero que no es seguro que los nacionalistas acepten de buen grado. Y es que el nacionalismo se niega por principio a discutir estos asuntos “con otros”. Su proyecto político se basa en cuestionar la unidad de discusión. Para el nacionalista, los interlocutores carecen de legitimidad para ser algo más que negociadores. Para él, la injusticia radica en el hecho mismo de tener que discutir “sus cosas” con “el Estado”. Si acaso, contempla “respuestas políticas” en el sentido más turbio de esa expresión, más alejado de la racionalidad y la calidad normativa, como mercadeo en torno a las propuestas, un mercadeo que refleja la fuerza de cada cual, no la calidad de sus argumentos.

Pero si no la discusión con afán de verdad, la deliberación, sí que cabe aspirar a la claridad en las reclamaciones y en sus fundamentos. Si eso se consigue, el avance no sería desdeñable. El nacionalismo cultiva un léxico enfático y emocional que hace convenientes las labores de drenaje, aunque solo sea para entenderse, para saber de qué estamos hablando. Hay mucho terreno por desbrozar en el léxico (pluralidad, discriminación positiva, identidad, cohesión, etc.) y en las tesis políticas relacionadas con ese léxico: qué realidad social es la que se ignora; qué lengua es la que evita dividir a los catalanes; quienes ocupan posiciones de poder y quienes son los perdedores. A partir de ahí podemos sopesar la calidad normativa —la justicia y la legitimidad— de las demandas, tasar si la injusticia que se denuncia es tal y si no hay que buscarla en otra parte, sin ir más lejos en el mercado de trabajo⁴³.

Una vez despejado el cuadro empírico y normativo, buena parte de la discusión perdería —o debería perder— su propensión al drama. Para empezar por el final, la polémica se llevaría a sus exactos términos: cuando los nacionalistas pierden una votación o les resulta desfavorable una sentencia judicial, no

se está rompiendo lo que nunca ha existido, un “consenso constitucional” entre Cataluña y España que requiera una periódica renovación. Hay, eso sí, una Constitución votada por el conjunto de ciudadanos, que es lo importante desde el punto de vista de su legitimidad democrática, y apoyada por distintos partidos políticos, entre ellos los nacionalistas catalanes; una Constitución que, entre otras cosas, contempla como posibles —y en ese sentido, como contenidos en ella— los cambios que se pudieran dar, siempre que se respeten las reglas (mayorías ponderadas) y los árbitros (Tribunal Constitucional) que establece la misma Constitución, muy protectoras de las minorías.

Por supuesto, no es de esperar que el nacionalismo, poco partidario de deflacionar el lenguaje, acuda complacido a esos terrenos. Ha conseguido en estos años instalarnos en su descripción —barroca y exaltada— del problema y, con ella como herramienta, nunca ha dado un paso atrás. Y los pasos atrás respecto a sus preferencias a la hora de solucionar “el problema” deberían de contemplarse siquiera como posibilidad en la discusión abierta y desprejuiciada, incluso cuando se habla de reformar la Constitución. No cuesta anticipar la réplica a cualquier propuesta de hablar de los datos y los principios: la de estos días, la amenaza. El nacionalismo sabe que cuando amenaza con el “choque de trenes”, hasta ahora por lo general se acaba en su “solución”, la que enuncia Mas: “que España se mueva”. El único modo de evitar el choque es que los otros se aparten de la vía, como el baturro del chiste. Un camino cuyo único punto final, no es otro que la ruptura del marco político común, el objetivo asumido explícitamente por el nacionalismo⁴⁴. Si algo ha quedado claro en este tiempo es que la estrate-

⁴² Por petición de Pujol, Aznar retiró de la vida política catalana a Vidal-Quadras y evitó que el defensor del pueblo llevara al Constitucional la ley de normalización lingüística (de ahí buena parte de los líos que ahora tenemos). En el 2001, Maragall, denunciaba “la actitud «entreguista» del presidente de la Generalitat en aspectos como el Plan Hidrológico Nacional, la defensa del territorio o la política educativa”, *Abc*, 22/05/2001.

⁴³ Hay razones para pensar que la movilidad social asociada a la lengua ha disminuido durante los años de políticas nacionalistas y no cuesta relacionar una cosa con otras, cf. M. Güell, J. V. Rodríguez Mora, Ch. Telmer, “Intergenerational Mobility and the Informative Content of Surnames”, *CEPR Discussion Paper* 6316, C.E.P.R., 2007.

gia de la concesión no ha hecho más que acelerar la máquina, reforzar a un nacionalismo cada vez más crecido⁴⁵.

De modo que no hay que esperar que el nacionalismo reaccione de modo diferente a como lo ha hecho hasta ahora. Ahora bien, su tradicional proceder pierde bastante legitimidad, si antes se ha buscado la discusión y se ha hecho evidente que la está rehuyendo. Sobre todo si es la izquierda quien emplaza a la discusión, sin apelar a patriotismo alguno, sin prejuicios esencialistas, simplemente con criterios de igualdad y ciudadanía, y, eso sí, exigiendo claridad; también si se concluye que hay que votar —el *demos* legítimo— sobre los desplantes nacionalistas, incluida la independencia, precisando, eso sí, las consecuencias de las decisiones. Si se trata de avanzar en la dirección de la justicia y la igualdad quizá hay que cambiar de dirección. Podemos discutir de todo, de hecho es lo que queremos hacer, pero eso supone que quizá descubramos que hay que desandar camino, recuperar competencias, para mejorar las libertades y los derechos, la igualdad⁴⁶. Esa simple posibilidad no tiene que generar necesariamente un aumento de la tensión —más allá de la circunstancial—, como amenazan los que no hacen sino aumentar la tensión. Tenemos algunas experiencias. En el contexto vasco, la estrategia de “mejor no irritar”, cuando el PNV amenazaba con el Apocalipsis, permitió muchos años de impunidad. Al final, llegaron los días en los que se combatió la *kale borroka* y la Mesa de HB fue condenada judicialmente y el

mundo no se hundió, como no se hundió cuando el plan Ibarrexe se desactivó. Más bien al contrario, se entendieron ciertas ideas, bastante más precisas de las que circulan, como que la mejor ley asegura la libertad de los ciudadanos, frente al gangsterismo, y que el fundamento último de la autonomía radica en la soberanía del conjunto de los ciudadanos. También, por cierto, y no está de más recordarlo, se valoró lo que ya se tenía y acaso se contempló la posibilidad de perderlo. Es teoría elemental de la negociación reordenar el juego de tal modo que lo que se veía como un dato pase a ser una variable⁴⁷.

En ese momento, expuestos los argumentos, ante la amenaza desnuda la respuesta debería ser “¿y bien?, exactamente qué es lo que va pasar?”. Dicho de otro modo, la otra idea de respuesta política, la clásica: sostener el pulso para defender las buenas razones. No estoy seguro de que las amenazas fuesen muy allá. Los nacionalistas son los primeros en saber que lo último que pueden esperar si siguen enfilando trenes es un cierre de filas entre el pasaje. A los primeros que no les gusta el choque de trenes es a los que van dentro y, cuando se asustan, hacen lo que pueden: volverse contra su propio conductor para pedirle que se detenga o apearse. Mientras nadie oponía resistencia, acostumbrados a viajar gratis y con el tren a todo trapo, estaban más que dispuestos a formar parte de esa sociedad civil que sigue las instrucciones del poder, mande lo que mande. Pero no es seguro, sobre todo en tiempo de crisis, que esté dispuesta a seguir haciéndolo si les recuerdan que todo tiene, o puede tener, un precio.

Es algo más que una conjetura: es

también experiencia, bastante triste por lo demás. Recuérdese lo que sucedió cuando un llamamiento por parte de instituciones sostenidas con dinero público al consumo patriótico, o lo que es lo mismo, a evitar la compra de productos españoles y, en general, de aquellos que no etiquetaban en catalán, acabó por desencadenar reacciones simétricas en otras regiones españolas con respecto a los productos catalanes, incluidas entidades financieras que se relacionaban con Cataluña. Los políticos, en un primer momento, intentaron llevar el agua a su molino y cebaron la bomba con el proverbial “vean como no nos quieren”, hasta que comenzaron a llegar —y no tardaron— las llamadas de muchos de los suyos, para quejarse del trote de salón y recordar a los nacionalistas que sus pirotecnias —a no pocas de las cuales ellos mismos se habían sumado cuando se lo pidieron— podían tener malas consecuencias para todos. Los políticos dieron marcha atrás, y un afán patrocinador de la “marca España” se extendió entre las empresas catalanas. Era normal, se trataba de las cosas de comer: el 35, 5% de las “exportaciones” —y el 25,2% de las importaciones— catalanas es con España⁴⁸.

Lo sucedido entonces no fue una anécdota, como se ha confirmado hace bien poco: otra llamada al consumo patriótico del actual conseller de agricultura acabó a las pocas horas en rectificación⁴⁹. Si se mantiene el pulso, tarde o temprano, y con la crisis será más temprano que tarde, la estrategia de la tensión nacionalista le va a restar apoyos, comenzando por un empresariado que no puede ver con buenos ojos esa recurrente consigna —a la que no le falta su literatura⁵⁰— de que “la independencia

⁴⁴ La ridícula fórmula “se rompe España”, una de esas expresiones que circulan sin clara paternidad, resultaba particularmente ridícula cuando era ridiculizada por aquellos que tenían como objetivo la independencia, esto es, que tenían como objetivo la desvinculación unilateral del Estado, algo que sí es conceptualmente claro.

⁴⁵ Algo, por lo demás, que anticipó Tocqueville y que han confirmado las teorías de la revolución: las concesiones, por lo general, solo aseguran otras concesiones mayores. Conseguir implica poder conseguir. Creemos que podemos porque hemos podido, caemos en la cuenta de que los otros son débiles o admiten la posibilidad de ceder y ello nos confirma en nuestro poder e invita a otros a sumarse. Además se puede decir: “ves, sin hasta ellos admiten que tenemos razón”.

⁴⁶ Por ejemplo, ante la común argumentación nacionalista según la cual “el problema es del centralismo y si tuviéramos nosotros las competencias, se resolvería”, habrá que decir: “De acuerdo, pero si lo que verdaderamente importa es la eficaz solución de los problemas, habría que contemplar la posibilidad de devolver competencias cada vez, y son pocas, que el gobierno autonómico se muestra incompetente”. Sobre todo en las ocasiones en las que la incompetencia “no se ve”. Por ejemplo, los casos de corrupción reciente (Palau, Pretoria) han sido descubiertos gracias a “Madrid” (Audiencia Nacional, Hacienda).

⁴⁷ La película *Rescate* (Ramson) de Ron Howard es una excelente ilustración.

⁴⁸ Tablas *Input Output* de Cataluña de 2005: lo más parecido a una contabilidad nacional oficial que incluye el comercio por destinos <http://www.idescat.cat/es/economia/tioc/#a1>

⁴⁹ “El consejero de Agricultura pide a los catalanes “patriotismo alimentario”, *El País*, 17/6/2011. La rectificación: El conseller de Agricultura pide perdón por reclamar ‘patriotismo alimentario’, *El Mundo*, 19/6/2011.

⁵⁰ Cf. La excelente reseña de J. Asensio, “Beneficios económicos (sin costes) de la independencia de Cataluña”, *Revista de Libros*, 2011, 173.

nos sale a cuenta”. El mismo Pujol que advertía a los que pensaban bajarse del tren si llegaba la colisión, hace bien poco escribía un artículo dedicado explícitamente “a los que se asustan”⁵¹. Porque se asustan. El nacionalismo pone en peligro las cosas de comer.

Pocos ejemplos más reveladores que esa recurrente celebración por parte del gobierno catalán del (hipotético) aumento del porcentaje del comercio con Europa respecto al –más que importante, fundamental⁵²– comercio con España. Como si el cambio en el orden de los porcentajes fuera buena señal de algo: si mañana se interrumpiera absolutamente el comercio con España y a Europa le vendiéramos una única moto “el 100% de nuestro comercio ya sería con Europa”. Quizá sería una buena señal para los nacionalistas, pero no para los intereses de los catalanes. Mas se olvida –o quiere ignorar– que esos porcentajes son compatibles con que muchos catalanes estén vendiendo menos a su mercado tradicional, con el que ya tienen –y eso lleva muchos años levantarlos– resueltos los costes de transacción, allanadas las distancias sentimentales y económicas (misma legislación, lengua, tradiciones, gustos, instituciones, parientes, cultura, al fin), todo eso que el nacionalismo intenta erosionar. A los comerciantes les interesa vender donde sea. Si ya venden en un sitio, lo que quieren es no perder lo ya conseguido, lo seguro, y si llegan otros mercados, mejor. Les interesa Europa y España, no sustituir un mercado real por otro potencial. Al nacionalismo le interesa otra cosa: no le importan los mercados sino “la identidad” de los compradores.

En realidad, esa falaz interpretación de los porcentajes no hace más que re-

flejar la elección de partida que funda al nacionalismo: la subordinación de los intereses de los ciudadanos a los “intereses de la nación”. Mas proyecta su nacionalismo a cada uno de los empresarios catalanes. No es imposible –aunque es altamente improbable– que la independencia pudiera salir a cuenta; y, después de todo, a largo plazo, con un crecimiento de la economía razonable, incluso si se es más pobre, nadie estará en condiciones de comparar con lo mejor que podría estar de haber seguido formando parte de España. Pero lo importante desde el punto de vista político es otra cosa: la comparación se hace entre mis pérdidas actuales, algo bien preciso, y unos hipotéticos beneficios que no se sabe ni sí ni cómo ni cuando me alcanzarán. El problema para el nacionalismo es que las pérdidas son concretas, personales e inmediatas y los discutibles beneficios futuros, hipotéticos e inciertos en su distribución. Solo lo primero puede conducir a la acción. Y en la medida en que se perciben los riesgos de la estrategia de la tensión nacionalista, tales riesgos movilizarán, aunque no en la dirección que interesa al nacionalismo. Y el cómo se perciben no es independiente de cómo se reaccione ante las amenazas nacionalistas. Si todo ello se tiene en cuenta, quizá haya razones para dudar de la firmeza de los pulsos de unos nacionalistas que, después de todo, no quieren enemistarse con aquellos cuyos intereses circunstancialmente defienden o dicen defender.

La izquierda, frente al nacionalismo, tiene un poderoso discurso que ofrecer. Sus razones de siempre, las que

históricamente le llevaron a trabar en una misma argumentación la emancipación y la igualdad y que quebró con sus fascinaciones multiculturales: poner el acento en las condiciones materiales de los socialmente peor situados y acabar con las barreras arbitrarias que los penalicen⁵³. Un dilema bien real que entenderían bien unos ciudadanos que ven como, en mitad de la crisis, se imponen enormes recortes en la sanidad, mientras se mantienen intactos los recursos dedicados a construir identidad, comenzando por una televisión pública que gasta lo que no tiene en los derechos de retransmisión de la Champions League. También por este lado, podría hacer confluír los argumentos de la justicia (los principios de igualdad) con los de la movilización, con los intereses de los actores sociales: las dos dimensiones de la política en serio.

No sólo eso, a la solidez en los fundamentos normativos y en la acción política se añaden las consideraciones electorales. El camino recorrido hasta aquí, que quizá le ha permitido victorias locales, a largo plazo ha llevado a perder votos. Sobre eso no cabe duda alguna. Resultaba difícil apelar al interés general con una estrategia electoral basada en las componendas y los descosidos. En ese sentido, su propio desastre puede ser –caprichos de la dialéctica– el punto de partida para levantar cabeza, sobre todo ante un PP bien dispuesto con los nacionalistas, como el que se apunta⁵⁴. Claro que para eso tiene que desandar su propio camino de los últimos años, ese que le ha conducido a sustituir su tradicional mensaje de la igualdad por el de la diferencia, ese que, cierto día, la condujo a descubrirse defendiendo la tradición en nombre de la identidad y el más barato de los relativismos en nombre de la diversidad. Algo nada sencillo. ■

[Extracto del capítulo VI de *La trama estéril. Nacionalismo e izquierda*. De próxima publicación en editorial Montesinos.]

Félix Ovejero es profesor de la Universidad de Barcelona. Su último libro es *Incluso un pueblo de demonios: democracia, liberalismo, republicanism*.

⁵¹ *La Vanguardia* 4/9/2011.

⁵² Cuando estas cosas se estudian en serio, más allá de las simples proporciones se ve no solo que (en relación con el tamaño) Cataluña comercia muchísimo más con España que con el resto del mundo y también muchísimo más que el resto del mundo comercia con el resto de España (respecto a su tamaño). Debo esta observación, como muchas otras de este texto, a mi buen amigo Sevi Rodríguez-Mora, autor de minucioso trabajo sobre los costes de la independencia.

⁵³ Por cierto, que en este caso, también le avallan las razones de eficacia y bienestar. Desde cualquier consideración de eficacia –y por ende de bienestar– la estrategia de la identidad es contraproducente: la exigencia del nivel C en la docencia o la sanidad, en el mejor de los casos, dificulta tener los mejores médicos o profesores, si acaso, los mejores entre los que superan el nivel C. Y, en general, lo mismo para las empresas, no quedarán las mejores, y eso quiere decir, que disminuyen sus mercados, por su incompetencia, y con ellas, su demanda de trabajo y salarios. Pero esa es otra historia.

⁵⁴ No entenderé nunca como IU, que, lejos del poder, podía defender los principios, no apostó por ese camino, bien justificado normativamente y en el que el PSOE no podía o quería competir.